



SE NECESITA UN CADÁVER

Guillermo Montilla Santillán

EL PAÍS TEATRAL

 EDITORIAL
INTeatro

SE NECESITA UN CADÁVER

—

Guillermo Montilla Santillán

EL PAÍS TEATRAL

 EDITORIAL
INTeatro

Montilla Santillán, Guillermo

Se necesita un cadáver / Guillermo Montilla Santillán. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2020.

50 p. ; 22 x 15 cm. - (El país teatral)

ISBN 978-987-3811-56-2

1. Obras Literarias. 2. Literatura Argentina. 3. Teatro Argentino. I. Título.
CDD A862

Ejemplar de distribución gratuita

Prohibida su venta

Imagen de tapa: Roberto Bernal

Consejo Editorial

Gustavo Uano

Patricia Julia García

Oscar Rekovski

Carlos Pacheco

Staff Editorial

Carlos Pacheco

Graciela Holfeltz

Daniel Caamaño (Corrección)

Gabriel D'Alessandro (Diagramación)

Patricia Ianigro (Distribución)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-3811-56-2

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Reservados todos los derechos.

SE NECESITA UN CADÁVER

Guillermo Montilla Santillán

SE NECESITA UN CADÁVER

PERSONAJES

- JAMES KENINGTON: Dueño de una funeraria.
OLIVER KENINGTON: Periodista, primo de James.
ELIZABETH TAMPLIN: Viuda, prima de Oliver y James.
LADY AGATHA PEMBROKE: Abogada de la familia Kenington
UN NOTARIO.

La acción transcurre en Crossford, un pueblo montañoso en Inglaterra.

El despacho de la casa del lord Albert Kenington, donde específicamente se desarrolla la obra, es un lugar que alguna vez gozó de brillo y lujo, pero que los años de abandono han deteriorado considerablemente. Cubierto por géneros blancos hay: un sillón de dos cuerpos, una mesa pequeña con un juego de té y una radio, dos sillas desiguales, un taburete y un pie de madera donde se aloja incómodo un teléfono, dispuesto al buen tino del director. (¡Buen tino!)

Existe un segundo espacio: El despacho del inspector. Este espacio no tiene presencia escenográfica, está inserto en el otro y es destacado —sencillamente— por las luces.

La acción sorprende al espectador en la mitad de una charla. Todos los personajes están presentes. JAMES KENINGTON lleva un cabestrillo notablemente ensangrentado y la mano de ese mismo brazo —la derecha— enguantada. OLIVER KENINGTON lleva la mano derecha con guante. Los movimientos con esta mano son torpes y desarticulados. ELIZABETH KENINGTON teje unos escarpines negros. LADY AGATHA de etiqueta. El notario sobrio y hacia un lado, libreta en mano.

LADY AGATHA: —...y que este perpetrador forzó la puerta trasera —de una casa a la que no conocía— con la ayuda de una barreta, atravesó la cocina y llegó hasta este sitio exacto, donde fue sorprendido por Oliver.

OLIVER: —Es mejor decir que él me sorprendió a mí.

LADY AGATHA: —Claro, claro. Puesto que este psicópata lo golpeó ferozmente en el occipucio con una llave inglesa...

ELIZABETH: —... Francesa.

LADY AGATHA: —Francesa, claro. Luego el perpetrador corrió escaleras arriba hasta la recámara de lord Albert, donde se encerró bajo cerrojo con el nefasto fin de matarlo.

ELIZABETH: —Brutalmente.

LADY AGATHA: —Y esto se pone mejor todavía. En cuanto los gritos de Lord Albert se escucharon en la casa, James corrió escaleras arriba y derribó la puerta.

JAMES: —Lo que me costó este pequeño accidente. Pero esto ya lo hemos hablado un millón de veces, Lady Pembroke...

LADY AGATHA: –Y derribó la puerta, justo a tiempo para ver al asesino saltar por la ventana con el cuerpo desmembrado de lord Albert en una bolsa y escapar a toda carrera por el jardín.

JAMES: –Sí.

LADY AGATHA: –A James. ¿Cuánto tiempo le tomó llegar a la habitación desde que escuchó los gritos?

JAMES: –No sé. Un par de minutos.

LADY AGATHA: –Un par de minutos. ¿Y ustedes esperan que yo crea que el asesino cortó en pedazos a lord Albert Kenington, lo guardó en una bolsa, saltó por la ventana y escapó raudamente por el jardín, en dos minutos?

JAMES: –¡¿No es lógico?!

LADY AGATHA: –No.

ELIZABETH: –No entiendo su negativa a aceptar que tío Albert está muerto.

LADY AGATHA: –Se los dije la primera vez que vinieron a mí con esta absurda historia. Necesitan el cadáver de lord Albert Kenington para probar que está muerto y ustedes tienen muchas cosas, no lo discuto, pero no tienen su cuerpo.

ELIZABETH: –Qué obsesión la suya con...

LADY AGATHA: –Aquí, señora Tamplin, la única obsesión es la suya por querer convencerme de algo de lo que no tienen pruebas. No importa cuántos escritos como este avalen su nefasta versión de los hechos, ustedes y yo sabemos que la verdad es otra. Y la verdad es...

La escena se detiene de improviso.

OLIVER *declara días después en el despacho del inspector de Crossford.*

OLIVER: –¿Cómo dice? Bueno, inspector, usted me pidió que sea diligente y eso mismo es lo que traté de hacer. ¡Dios! ¿Quién entiende a la policía? ¡No me pida que esté calmo! ¡¿Quién puede estar calmo frente a lo que ha pasado?! Para usted es simple porque usted, inspector, no está en mi posición, es por esa razón que puede estar usted mofándose de mí, con esa sonrisa tan desagradable en el rostro... ¿cómo? ¡Oh! Es una bonita cicatriz. Hace falta un poco de luz en este lugar. Déjeme preguntarle algo: ¿cuál es el verdadero criminal, inspector? El que lucha por lo que le pertenece –a veces no del mejor modo, lo acepto– o el otro, el que abandona a

los suyos a su suerte y huye como un ladrón en la noche ¡Respon-
da, por favor! Es tío Albert quien debería tener que dar explicacio-
nes y no yo. ¡Es él! ¡ÉL! ¡No, no he perdido la cabeza! No, señor.
Créame que sé perfectamente cuantas cosas he perdido a causa de
tío Albert ¡Y LA CABEZA NO ES UNA DE ELLAS!... Está bien,
me tomaré unos minutos. Ya estoy bien. Quiere que vaya desde el
comienzo, iré desde el comienzo. *(Pausa.)*

Mi padre conoció a mi madre cuando tenía dieciocho años, el
episodio es muy gracioso porque, verá, fue en Kent, en el... No,
no, no. Antes de eso hay una anécdota muy interesante de mis
abuelos... ¿cómo dice? Ah, ah, entiendo. Voy al punto. Supongo
que debo empezar con la tarde en que llegué a este miserable po-
blado, atendiendo la invitación de lady AGATHA PEMBROKE.
En fin, supongo que ese fue el comienzo.

Residencia de lord Albert.

En escena LADY AGATHA Pembroke. OLIVER, *se sirve una taza de té. No lleva la mano enguanta-
da. El* NOTARIO *observa silencioso, ignorado por* OLIVER.

LADY AGATHA: —No deben demorar. El tren llegó a las cinco de la tarde.

OLIVER: —Suponiendo que haya sido puntual.

LADY AGATHA: —Claro, claro. Cinco y veinte, entonces. Desde la estación hasta
aquí tienen al menos un cuarto de hora a pie, así que según mis
cálculos...

OLIVER: —¿Vienen a pie?

LADY AGATHA: —Sí. Thomas no pudo lograr que el automóvil arrancara.

OLIVER: —¿Por qué no me sorprende?

LADY AGATHA: —Claro, lleva mucho tiempo sin que nadie le dé uso, es muy com-
prensible...

OLIVER: —Ni siquiera pudo preparar bien el té.

LADY AGATHA: —Es un buen chico, muy trabajador y muy honesto. Ha cuidado de
esta casa en ausencia de lord Kenington...

OLIVER: —Como usted diga. Pero el té que preparó sabe a tierra.

NOTARIO: —Se sirvió usted del macetero, señor Kenington.

OLIVER: —Tampoco arregló el timbre correctamente. Si usted no hubiera
llegado, yo hubiera estado parado frente a la puerta como un
idiota durante horas. ¿Ve a lo que apunto?

LADY AGATHA: —La casa no tiene timbre, señor Kennington. Para eso está la manecilla de bronce que...

OLIVER: —El auto no arrancó y punto. No trate de desviarme del asunto, Lady Pembroke.

LADY AGATHA: —Claro, claro. (*Revisa su reloj.*) Las cinco y veinticinco minutos.

OLIVER: —Ahí lo tiene usted. Solía haber en este salón un hermoso reloj de pie. Sus campanadas me despertaban cada mañana cuando vivía en esta casa. ¿Dónde está ahora? No me sorprendería que su buen Thomas lo hiciera leña para pasar el invierno. ¿Se da cuenta de lo que digo?

LADY AGATHA: —Pues, no. El reloj estaba en el pasillo del primer piso y hasta donde sé nunca tuvo motor.

OLIVER: —¡El auto no arrancó y punto! ¡Qué obsesión la suya con defender a ese muchacho!

LADY AGATHA: —Claro, claro. Como sea, el techo se le cayó encima.

OLIVER: —¿A Thomas?

LADY AGATHA: —Al reloj.

OLIVER: —¿Y Thomas que hizo al respecto?

LADY AGATHA: —Pues nada. No estaba en casa cuando sucedió.

OLIVER: —¡Ahí está! Debió estar allí. Debió-estar-allí.

LADY AGATHA: —No puede usted esperar que el pobre muchacho...

OLIVER: —Vayamos al punto, lady Pembroke ¿Para qué me mandó a llamar con tanta urgencia?

LADY AGATHA: —Esperaremos a que sus primos estén aquí para hablar de eso.

OLIVER: —Si hubiera sabido que ellos venían también, nunca hubiera viajado hasta aquí.

LADY AGATHA: —Por eso es que no lo supo hasta ahora.

OLIVER: —¡Ingenioso! Ahora —para cambiar— tomaré algo de té.

Entra JAMES.

JAMES: —¡Lady Pembroke!

LADY AGATHA: —Mi querido James. Qué gusto volver a verlo. Está usted hecho todo un señorito. No dudo que le ha ido muy bien en estos últimos años. Aquí se rumorea que su negocio marcha de maravillas.

JAMES: —Al menos no he tenido quejas de ninguno de mis clientes.

OLIVER: –Trabajas en una funeraria, primo. Cómo van a quejarse.
JAMES: –Oliver, que gusto ha sido extrañarte todos estos años.
OLIVER: –Igualmente.
LADY AGATHA: –(*A James con referencia al Notario.*) Permítame presentarle al señor...

Entra ELIZABETH.

ELIZABETH: –¿Lady Agatha es usted?
LADY AGATHA: –Sí, claro, claro. Permítame saludarla como se debe. Ya hace mucho que no la veíamos por aquí.
ELIZABETH: –Desde que me fui.
LADY AGATHA: –Claro, algo obvio. ¿Se acuerda de sus primos Oliver y James?
ELIZABETH: –A Dios gracias, ni un poquito.
LADY AGATHA: –Ajá. (*Pausa.*) Bien, permítanme presentarle al señor...
ELIZABETH: –James, primo ¿el olor a formol viene con el traje?
JAMES: –¿Cómo? No, eh... ¿Cómo vas a pensar que...? No, no viene con el traje.
OLIVER: –En fin, quien se acuesta con cadáveres amanece así, como él.
ELIZABETH: –(*A Oliver.*) Parece que tú no te levantaste, tesoro.
OLIVER: –¿Perdón?
ELIZABETH: –Ya está, querido, no es para que te pongas así. Que un pequeño cerebro y ese desagradable olor a formol, no arruinen nuestro reencuentro.
LADY AGATHA: –Bien, muy bien.
ELIZABETH: –Lady Agatha, vayamos al grano, dejé a mi marido muriendo para venir hasta aquí.
LADY AGATHA: –¡Oh! No sabía que...
ELIZABETH: –¿Qué hora es?
OLIVER: –Cinco y media pasadas.
ELIZABETH: –No, todavía no murió. Pero muy pronto.
JAMES: –Eso es ridículo. Nadie puede saber la hora exacta en que una persona va a morir.
ELIZABETH: –Yo sí. Créeme.
LADY AGATHA: –Bien, vamos a lo que nos reúne.

La escena se detiene de súbito. Bajan las luces, una luz tenue destaca la radio.

- LOCUTOR 1: –Lleva ya ocho días la investigación en torno al presunto asesinato de lord Albert Kenington.
- LOCUTOR 2: –La policía local continúa la búsqueda, hasta ahora infructuosa, del cadáver del extinto.
- LOCUTOR 1: –Tengo aquí la declaración del concejal Stephen Rhys-Johnson que dijo, y cito textualmente.
- LOCUTOR 2: –“Si hubieran aceptado mi proyecto de un lago artificial la policía hubiera podido dragarlo y encontrar allí el cadáver en vez de andar dando vueltas como tontos. Si hubiera habido un lago esto no estaría pasando”.
- LOCUTOR 1: –Por eso hemos invitado al jefe inspector al programa con el fin de que nos comente algunos pormenores del caso.
- LOCUTOR 2: –Pero antes un poco de música.
- LOCUTOR 1: –Elizabeth Tamplin dedica este tema a la memoria de su querido tío: lord Albert Kenington.
- LOCUTOR 2: –De Edith Piaf: “Mea Culpa”.

Suena la música y suben las luces.

- LADY AGATHA: –Voy a evitar las explicaciones innecesarias. Sé que el viaje ha sido largo y que deben estar cansados. Desde ya les agradezco a todos que hayan accedido a venir desde tan lejos y en cuanto recibieron mi llamado.
- OLIVER: –Sí, sí. Pero me permito decir que la casa está en terribles condiciones, lady Pembroke. ¿Qué sentido tuvo pagarle todos estos años a Thomas para que cuidara...?
- ELIZABETH: –¿Primo?
- OLIVER: –¿Sí, prima?
- ELIZABETH: –Cierra la boca.
- OLIVER: –Sí, prima.
- LADY AGATHA: –Bien. Antes de comenzar, permítanme presentarle al señor...
- ELIZABETH: –¿Podemos empezar, lady Agatha? El olor a formol me da náuseas.
- LADY AGATHA: –Claro, claro. Antes, sin embargo, debo presentarles a...
- OLIVER: –¿Alguien quiere té?
- JAMES: –Por favor, lady Pembroke, sea diligente.
- LADY AGATHA: –¡Oh! ¡Qué más da! Voy al punto. Ustedes saben mejor que yo, que desde que mi querido benefactor y tío de ustedes, lord Albert

Kenington dejó Crossford, no hemos vuelto a tener noticias de él.
Y eso fue hace mucho tiempo.

ELIZABETH: –Todo una guerra y algo más.

NOTARIO: –Dieciocho años.

LADY AGATHA: –A excepción de algunos rumores nadie sabe muy bien que fue de él.

JAMES: –Ajá. ¿Y nos mandó a llamar para...?

ELIZABETH *saca unos esarpines negros. Teje. Todos la observan.*

LADY AGATHA: –...bien, claro, claro. Lo cierto es que antes de su partida, antes de la guerra...

ELIZABETH: –Sabemos cuándo se fue y sabemos por qué lo hizo, lady Agatha. Vaya al grano.

LADY AGATHA: –En fin, tantos años sin noticias de él causan inquietud y uno no puede evitar preguntarse qué pasará con todas sus cosas. Los padres de Thomas y luego el mismo Thomas, cuidaron como pudieron de sus pertenencias.

NOTARIO: –(*Lee de una libreta.*) Una casa de dos plantas amueblada con frente de material y piedra bastante deteriorado...

LADY AGATHA: –...jovencito, por favor...

NOTARIO: –...un automóvil de cuatro puertas en desuso, una berlina negra tracción a sangre en estado considerablemente...

LADY AGATHA: –Ya está bien, muchacho. Hablaremos de eso después.

NOTARIO: –Allá usted.

LADY AGATHA: –El muchacho aquí presente es...

JAMES: –¿Tío Albert dejó su voluntad por escrito?

LADY AGATHA: –Ahí lo tiene usted. No. Lord Albert Kenington no dejó ningún testamento. Al menos no en poder de mi padre o de la firma.

ELIZABETH: –¿Y eso nos lleva a...?

LADY AGATHA: –...a ustedes, claro. Ustedes serían sus herederos naturales.

OLIVER: –Bueno, eso está muy bien.

LADY AGATHA: –Sí, sí, muy bien. El asunto es que nadie sabe nada concreto de lord Albert Kenington.

OLIVER: –Y volvemos a nosotros. Tenemos la responsabilidad de ver qué hacer con sus propiedades. Yo podría, para evitarles inconvenientes y problemas, quedarme con la casa. El auto podría llevarse a James, le servirá para la funeraria y la berlina para Elizabeth. Es muy simple.

JAMES: —(*Balbucea.*) ¿Pero có...? ¿Es que...? ¡Tú, tú yo, no él, no...!

ELIZABETH: —Estás balbuciendo, primo. Oliver, querido, creo que de tanto escribir obituarios en ese periódico de mala muerte en el que trabajas, se te murió el cerebro.

OLIVER: —¿Perdón?

ELIZABETH: —¿De dónde sacaste la idea de que te dejaré la casa?

JAMES: —¿TE? ¿TE? ¿TE dejaré la casa? ¿Acaso la casa es tuya como para que decidas dejársela a...?

NOTARIO: —Casa amueblada sobre una colina...

LADY AGATHA: —Ahora no, muchacho.

NOTARIO: —Allá usted.

ELIZABETH: —No seas tan puntilloso.

LADY AGATHA: —Caballeros, ese no es...

OLIVER: —Solo trataba de ayudar, no era necesaria tanta grosería.

ELIZABETH: —¿Por qué no te quedas tú con la berlina, ángel mío?

OLIVER: —¿Qué puedo hacer yo con una berlina?

ELIZABETH: —¿Tengo que explicártelo, tesoro?

LADY AGATHA: —¡No! Sosiego. Esta discusión es apresurada.

JAMES: —¿Qué quiere decir?

LADY AGATHA: —Que no podemos aseverar nada aún.

JAMES: —¡Veinte años!

NOTARIO: —Dieciocho.

LADY AGATHA: —Eso mismo.

ELIZABETH: —Tal vez está muerto.

LADY AGATHA: —Sin embargo hay ciertos indicios...

ELIZABETH: —No estamos hablando de unos pocos años, estamos hablando de veinte años...

NOTARIO: —Dieciocho.

ELIZABETH: —¡Dieciocho años! El viejo debe estar muerto para este momento. ¿Qué hora es?

OLIVER: —Las seis.

ELIZABETH: —¡Ay Dios! Ya murió mi difunto esposo.

Pausa.

OLIVER: —Lo siento mucho, prima.

JAMES: –Mi más sincero pésame. Recuerda que puedes contar con mi empresa para que su cadáver sea el mejor cuidado de la isla.

ELIZABETH: –Gracias, eres muy amable. ¿Hay algo de tomar?

OLIVER: –Hay té.

NOTARIO: –Tetera de porcelana desportillada con pintura de codornices apareándose en mar posiblemente calabrés...

LADY AGATHA *llama a silencio al notario.*

ELIZABETH: –¿Galletas?

OLIVER: –¿Coco o chocolate?

ELIZABETH: –Chocolate. Un día nefasto.

OLIVER: –Un día terrible.

JAMES: –Anoticiarnos así, sin aviso previo, de dos muertes tan cercanas.

LADY AGATHA: –¡Señor Kenington!

OLIVER Y JAMES: –¿Sí?

OLIVER: –¿A cuál de los dos se refiere?

LADY AGATHA: –A los dos... en realidad a los tres. No existe razón alguna para pensar que lord Albert esté muerto.

JAMES: –¡No escribió en veinte años!

NOTARIO: –Dieciocho.

LADY AGATHA: –Pero el asunto es...

JAMES: –¡Pobre tío Albert!

ELIZABETH: –Una pérdida desgarradora. ¿Hay más de esas de chocolate?

LADY AGATHA: –No importa cuánto se aferre a esa idea, no hay pruebas de que lord Albert Kenington esté muerto y eso es lo que importa para la ley.

JAMES: –¿Cuánto se debe esperar para dar por muerta a una persona?
¿No es suficiente con veinte años?

NOTARIO: –Dieciocho.

JAMES: –¡Dieciocho!

LADY AGATHA: –Ciertamente, pero no...

JAMES: –¡Ahí está!

OLIVER: –Lady Pembroke, usted recordará muy bien que lord Phillip Kenington fue considerado muerto al poco tiempo de su desaparición. Ahí tiene usted un ejemplo.

LADY AGATHA: –¡Desapareció porque una bomba B2 calló en su casa de Londres!

NOTARIO: –Pero el señor...

LADY AGATHA: –(*Al Notario.*) Muchacho, un momento por favor. (*A los otros.*) Deben ustedes coincidir conmigo, que desde la partida de lord Albert a Argentina, a América...

ELIZABETH: –Desaparición. Se fue y nadie supo más de él en veinte...

NOTARIO: –Hay...

ELIZABETH: –Esta bien, dieciocho años.

LADY AGATHA: –Sí, entiendo, pero...

ELIZABETH: –Tal vez se lo comió un jíbaro. Todos saben que en Argentina está plagado de esos animalitos.

OLIVER: –Son aborígenes, prima y viven en Sudáfrica.

ELIZABETH: –El punto es que está muerto... como mi marido. ¡Qué pérdida terrible!

LADY AGATHA: –No, no y no. He recabado pruebas de la existencia de un tal lord Albert Kenington que vive en el norte de Argentina y con prosperidad.

Pausa.

ELIZABETH: –¿Y está seguro de que se trata de nuestro tío?

LADY AGATHA: –No y por eso mismo envié un telegrama a...

JAMES: –Porque el nombre Albert Kenington se hizo muy común en la Argentina luego de la guerra.

OLIVER: –Inclusive como nombre compuesto: Albert Kenington... Morales, por ejemplo.

LADY AGATHA: –Como diga. Y no solo eso, hace cosa de cuatro años llegó a la oficina postal de Crossford esta carta (*El Notario le alcanza la carta.*), gracias muchacho, firmada por lord Albert Kenington, anunciando su pronto retorno y...

JAMES *le quita la carta de las manos. Lee.*

JAMES: –Balbucea. ¿Pero cómo...? No, no, no. No, tío malo, no carta, suya letra, no, no...

ELIZABETH: –(*Le arrebató la carta.*) Estás balbuceando, primo. (*Lee.*)

OLIVER: –¿Qué dice?

ELIZABETH: –Que regresa a Crossford para dejar todas sus pertenencias a los padres de Thomas.

NOTARIO: –Pertenencias que discrimino a continuación: Una casa...

LADY AGATHA: –¡Jovencito, por Dios! No ahora. Muertos los padres de Thomas, Thomas sería el único...

ELIZABETH: –No reconozco la firma de tío Albert, estoy segura de que es falsa.

LADY AGATHA: –Hay formas de comprobar...

ELIZABETH: –Y por otra parte, a pesar de su amenaza nunca regresó. Tal vez se hundió el barco en el que venía. Todos saben que en el norte de Argentina hay un alto número de naufragios.

LADY AGATHA: –Por eso mismo mandé a pedir noticias.

ELIZABETH: –Y por eso mismo investigaremos nosotros de igual modo. Ahora, lady Agatha, si no le molesta, necesito un tiempo a solas con mi familia. Después de todo acabo de convertirme en viuda, por quinta vez.

LADY AGATHA: –Claro, claro. Mis más sinceras condolencias.

ELIZABETH: –Gracias. Y llévese a su mascota con usted.

LADY AGATHA: –¿Cómo? Ah, sí. Jovencito, venga conmigo.

Salen LADY AGATHA y el NOTARIO.

La escena se detiene.

JAMES declara ante el Inspector. Tiene el cabestrillo ensangrentado de la primera escena y muestra síntomas de dolor al hablar.

JAMES: –Usted y la prensa lo hacen ver como algo terrible. Nos enseña como verdaderos villanos en todo este asunto y le aseguro que nada hay menos justo. Es cierto que el asunto fue premeditado –no tanto como hubiéramos querido–, pero se lo planeó con anticipación. Lo acepto. Es cierto también –y no crea que hago esto para inculpar a otros, no señor, no sería capaz–, pero es cierto también que Elizabeth Tamplin siempre tuvo una particular influencia sobre nosotros. Cuando pequeños, una vez, convenció a Oliver de que por ser delgado podía flotar en el aire y lo alentó a lanzarse desde el puente en Putney asegurándole que se mantendría allí, en el aire, como una cometa. Fue una pena que no llevara la máquina de fotos, nunca vi tantas quebraduras en una misma pierna. ¿Se da cuenta? No voy

a negar que algunas de las ideas fueran mías, pero si usted hubiera estado en nuestro lugar –en mí lugar– hubiera hecho lo mismo. Después de todo, ¿es justo que tío Albert decidiera –luego de huir de la guerra– desheredar a su propia familia –sangre de su sangre– para favorecer a un jovencito que lo único que hizo fue cuidar de la casa durante veinte años? Y no me venga con que Thomas no recibió ninguna paga en todo este tiempo, porque no es más que un ardid melodramático. Nada más que eso. Hicimos lo que cualquier familia debería hacer: cuidar de lo nuestro. ¿Eso está mal? Prosigo, señor inspector: luego de que Elizabeth nos metió esa idea en la cabeza –porque fue ella la de la idea– yo solo adjunté algunos ínfimos detalles al plan.

Estudio de la casa de lord Albert Kenington.

OLIVER: –Al teléfono. No, Lady Pembroke, no escuchó mal. Tío Albert llamó a casa, yo mismo atendí el teléfono, y se escuchaba de maravillas.

ELIZABETH: –(A media voz.) ¡Sin detalles!

OLIVER: –(A Elizabeth.) ¿Ah? ¡Shh!... (A Lady Agatha.) No, no es a usted... dijo que estaba al llegar...

JAMES: –(A Elizabeth.) ¡...habla bajo...!

ELIZABETH: –¡...cállate...!

OLIVER: –...en tren claro está, no creo que venga en bote, ¿no? Después de todo es un pueblo de montaña...

JAMES: –Evita el humor, debes parecer molesto.

OLIVER: –¡Ese sinvergüenza descarado y miserable se acuerda de venir solo para acabar con nuestras ya miserables! (Sus primos le hacen señas con las manos.) ¿Qué?

ELIZABETH: –¡No digas más! Hubiera sido mejor pedirle a una foca.

OLIVER: –...bromeo, lady Pembroke... no, no dijo cuándo llegaría...

JAMES: –¡Sí! Sí lo dijo.

OLIVER: –¡Sí! Claro que lo dijo, muchas veces, hasta el cansancio...

ELIZABETH: –¡Dios mío! Préstale el cerebro, James.

OLIVER: –¿Cuándo llega? Bueno... mañana...

JAMES Y ELIZABETH:

–¡NO!

OLIVER: —¡NO!

ELIZABETH *le quita el teléfono con violencia y le da un golpe.*

ELIZABETH: —Disculpe, lady Agatha, mi primo acaba de tropezar accidentalmente con una aguja de tejer. Tío Albert nos dijo que ya está en Inglaterra y que llegará a Crossford a más tardar hoy en el tren de las cinco. *(Cuelga el teléfono.)* Ya está. Vendrá a saludar mañana a tío Albert a las cinco y media.

OLIVER: —¿Se lo creyó?

ELIZABETH: —No gracias a ti, tesoro.

JAMES: —Bien. Volvamos a repasar los detalles.

JAMES *extiende un plano sobre el piso.*

OLIVER: —¿Es esto realmente necesario?

JAMES: —No, pero me ayuda a pensar. El asesino forzó la puerta de atrás con una barreta.

ELIZABETH: —Necesitamos una barreta. ¿Anotaste, Oliver, tesoro?

OLIVER: —Sí.

JAMES: —Tío Albert sorprendido por el ruido baja a ver de qué se trata.

ELIZABETH: —El asesino previamente cortó la luz de la casa. Es importante que todo luzca normal hasta el momento en que se dé a conocer la noticia. ¿Correcto?

JAMES: —Así será.

VOZ DEL NOTARIO:

—Lady Pembroke, ¿es usted?

OLIVER *se lanza al suelo boca arriba sobre el plano para esconderlo con su cuerpo en el instante mismo en que entra el NOTARIO.*

NOTARIO: —¿Le sucede algo, señor Kenington?

OLIVER: —No. ¿Por qué lo dice?

NOTARIO: —¿Bueno por...?

OLIVER: —¡Ah! Esto. Una técnica de escritura que aprendí en un seminario en Oxford. La sangre se distribuye de manera pareja en... el... cuerpo. Eso es.

JAMES: —¿Necesita algo?
NOTARIO: —No, solo que terminaré de inventariar la planta alta mañana a primera hora.
ELIZABETH: —Haga lo que quiera.
NOTARIO: —Con su permiso entonces. (*Camina unos pasos. Se detiene. Mira hacia afuera.*) Puerta de roble oscuro con pomo de bronce muy deteriorado y marco notablemente roído por ratas, o perros...(*Sale.*)
OLIVER: —¿Ves lo que logras con tus ideas de enterrador?
JAMES: —Solo un descuido.
OLIVER: —¿Podrías quitar esos dibujos de ahí? ¿Me estás escuchando?
JAMES: —Creo que sería mejor que el asesino luego de entrar a la casa te sorprendiera a ti leyendo aquí mismo.
ELIZABETH: —Una idea, brillante, James, tesoro.
OLIVER: —¿Alguien me presta atención?
JAMES: —Y luego te inmoviliza con un golpe en la cabeza.
OLIVER: —¿Qué? ¿Pero cómo se les ocurre que...?
VOZ DEL NOTARIO: —¿Señor Kenington?

OLIVER *se lanza al suelo boca abajo para cubrir el plano y entra el NOTARIO.*

NOTARIO: —Esa valija... ¿señor Kenington se encuentra bien?
OLIVER: —Sí, por supuesto. El segundo ejercicio de la misma técnica, ahora la sangre se... asienta... en la parte de... abajo del cuerpo. Ayuda a escribir mejores artículos. Debería probarlo.
NOTARIO: —La maleta negra con envoltorio para la lluvia.
JAMES: —Es mía. ¡Quítela de su maldita lista!
NOTARIO: —De inmediato. Buenas tardes. (*Sale.*)
ELIZABETH: —Ya se fue, puedes levantarte.
OLIVER: —¡Quita eso de una vez!

JAMES *esconde el plano.*

JAMES: —El asesino te golpea aquí mismo. Ven aquí, Oliver. Aquí mismo con una llave inglesa.
ELIZABETH: —Francesa.

OLIVER: —¿Por qué francesa?
ELIZABETH: —Es importante para mí. Quisiera que sea un pequeño homenaje a Edith Piaf. Ustedes saben que adoro a Edith Piaf.
OLIVER: —Y luego dicen que yo perdí el juicio. ¡Esta mujer está loca! ¡Loca de atar!
JAMES: —¡Silencio!
OLIVER: —¡No voy a callarme porque me lo diga un sepulturero!
JAMES: —Un triste escritor de obituarios no va llamarme sepulturero.
OLIVER: —Sepulturero, cuida muertos, eso es todo lo que eres.
JAMES: —¡Cállate!
OLIVER: —Un enterrador de mala muerte no va a...
JAMES: —...escritorzuelo de poca monta no va a...
ELIZABETH: —¡Ya! A veces todo lo que nos separa de una muerte violenta es apenas un tono elevado de voz.
OLIVER: —Bien. Una llave francesa entonces.

Pausa.

JAMES: —Ahora volviendo sobre el plan.
ELIZABETH: —Ya hablamos sobre eso.
JAMES: —Bueno, prima, no estoy muy convencido.
ELIZABETH: —Fue tu idea.
JAMES: —Sí, lo sé, pero no esperaba ser yo el que tuviera que...
ELIZABETH: —Es un buen trueque, solo un poquito de dolor a cambio de un montón de dinero.
JAMES: —Prima, no... yo quiero no... hacerlo no... yo...
ELIZABETH: —Estás balbuciendo, primo. Eso no nos será de ayuda en esto. Despreocúpate. Esas cosas vuelven a crecer.
JAMES: —¡No, no lo hacen!
ELIZABETH: —Sí. Tú no lo sabes porque trabajas con cadáveres, a ellos ya no les crece nada, pero tú estás vivo. ¡Vivo, tesoro! Vamos, se hace tarde. Oliver, amor mío, pon algo de música y trae el punzón.
(Sale.)

Oscuridad.

- LOCUTOR 1: –En las últimas noticias de la tarde supimos que el Honorable Consejo de Crossford tratará esta noche sobre tablas el proyecto del concejal Rhys-Johnson para la construcción de un dique.
- LOCUTOR 2: –El dique tendrá la finalidad de prevenir la desaparición de cadáveres.
- LOCUTOR 1: –Recordemos que la investigación Kenington lleva ya once días.
- LOCUTOR 2: –Así es.
- LOCUTOR 1: –La reciente viuda del millonario Geoffrey Tamplin: Elizabeth Tamplin, llamó a la radio para negar las acusaciones realizadas en contra de ella y dedicar una canción de Edith Piaf a todas las viudas acusadas injustamente del homicidio de sus cónyuges.
- LOCUTOR 2: – De Edith Piaf: “El Bulevar del Crimen”.

Canta Edith Piaf. ELIZABETH está sentada tejiendo sus esarpines. Cerca de ella, OLIVER, muy alterado, se sirve té. JAMES, adolorido, tiene el brazo sujeto por un cabestrillo menos ensangrentado que el que lucía en la primera escena.

Entra LADY AGATHA. OLIVER apaga la radio.

- LADY AGATHA: –Vine en cuanto lo supe.
- ELIZABETH: –Fue todo muy sorprendente.
- OLIVER: –Y nefasto.
- JAMES: –Destino. Volvió para quedarse.
- LADY AGATHA: –¿Avisaron a la policía?
- ELIZABETH: –Es lo primero que hicimos. El inspector estuvo aquí hace no menos de una hora.
- OLIVER: –Clausuró su habitación.

Entra el NOTARIO.

- NOTARIO: –¿Es cierto lo que dicen en la radio?
- JAMES: –Sí. Lo mataron... brutalmente. notario
- NOTARIO: –Pero ¿cuándo llegó en primer lugar?
- LADY AGATHA: –Eso mismo estoy tratando de averiguar.
- ELIZABETH: –Llegó ayer en el tren de las cinco.
- NOTARIO: –Eso no es posible. Ayer estuve hasta muy tarde en la estación y nadie me informó de la llegada...
- JAMES: –Usted no lo conocía. ¿Cómo pudo saber?

NOTARIO: –En su habitación hay un cuadro pequeño con marco de madera y punteros de bronce, con el vidrio rajado de izquierda a derecha que tiene la foto de lord Kenington. Foto amarillenta picada por las...

OLIVER: –¡Ya está por Dios! Es una foto de hace veinte años.

NOTARIO: –Dieciocho.

OLIVER: –¡Me parta un rayo!

ELIZABETH: –Y luego pasó aquello. Dios! ¡El horror! Los gritos. Aún puedo escucharlos. ¿Quién podría querer matar a un hombre como tío Albert? ¡Y de ese modo!

NOTARIO: –Pero nadie dio con su cuerpo. ¿O sí? Eso escuché en la radio.

JAMES: –Bueno... no.

LADY AGATHA: –¿Entonces cómo están seguros de que...?

JAMES: –Bueno... no es que eso lo... es no como... es muy como... lo no mucho más... es, es...

ELIZABETH: –James, querido, tranquilízate. Estás balbuciendo de nuevo. Siéntate y come una galleta. ¡No las de chocolate! (*A lady Agatha.*) Fíjese usted misma cómo quedó de impresionado. El pobrecito sorprendió al asesino.

NOTARIO: –(*A James.*) Entonces usted vio su cuerpo.

ELIZABETH: –Pues no. Pero había sangre por doquier, y hasta una pieza completa de su antebrazo. ¿Entiende?

LADY AGATHA: –No. Explíqueme

OLIVER: –La policía sospecha de un psicópata. Lo cortaron en muchas partes.

LADY AGATHA: –¿Y usted vio todas esas partes?

JAMES: –Bueno... No, no, no... No viendo partes...No, no, no...

ELIZABETH: –¿Otra galleta, tesoro? Veamos si con esta recuperas la motricidad cerebral. Lady Agatha, ¿qué pensaría usted si en medio de la noche escuchara gritos en la habitación de su tío y al derribar la puerta se encontrara con sus sábanas empapadas en sangre y una pieza completa del antebrazo?

OLIVER: –¡Creo que voy a vomitar!

JAMES: –¿Qué pensaría?

LADY AGATHA: –Que algo malo ha sucedido.

JAMES: –Ahí lo tiene usted.

NOTARIO: –Tal vez no esté muerto. Tal vez escapó luego de la lucha.

LADY AGATHA: –Tal vez.

JAMES: —¡Me parta un rayo, lady Pembroke! ¡¿Qué más necesita para aceptar que está muerto?!

LADY AGATHA: —Su cadáver para empezar.

JAMES: —Con tanta sangre...

ELIZABETH: —... y una pieza completa del antebrazo.

OLIVER: —¡Por Dios! ¡Sin detalles!

JAMES: —Con todo eso. ¡¿Quién necesita un cadáver?!

LADY AGATHA: —Pues yo. Y de seguro la policía.

ELIZABETH: —Entiendo lo que le está pasando, lady Agatha y le diré lo mismo que le decía a mi primer marido: la muerte es algo difícil de aceptar, pero está ahí, al final de las escaleras.

Pausa.

OLIVER: —Bien.

LADY AGATHA: —Hablabamos con la policía y veremos.

ELIZABETH: —¿Pero, cómo...?

LADY AGATHA: —Hasta que no sepamos qué es lo que sucedió es mejor que nadie abandone esta casa.

OLIVER: —Por supuesto no abandonaremos esta casa.

NOTARIO: —Seguramente le harán una autopsia a esa pieza del brazo. Veré qué averiguo.

Salen LADY AGATHA y el Notario.

OLIVER: —¡Ay Dios! Creo que voy a desmayarme.

ELIZABETH: —Nada de eso. Pon algo de música, tesoro. Tenemos que ajustar algunos cabos sueltos. Que sea algo apropiado para la situación. Edith Piaf: “Les FlonsFlons du bal.”

Música. Se escucha la radio.

LOCUTOR 1: —A doce días del misterio Kenington, el profesor Charles Beresford.

LOCUTOR 2: —Recientemente llegado de Kembridge invitado por la vicaría.

LOCUTOR 1: —Convoca esta tarde a todos los feligreses y buenos cristianos a acercarse a la capilla para un sermón abierto.

LOCUTOR 2: –Dicho sermón lleva por nombre: ¿Una pieza de antebrazo debe ser exhumada o no?

JAMES (*con el cabestrillo ensangrentado*) y OLIVER *entran al estudio. Apagan la radio.*

OLIVER: –¡Me importa un comino lo que ella diga! ¡Estamos hablando de una pierna!

JAMES: –¡Baja la voz!

OLIVER: –¡Una pierna, James!

JAMES: – Todos hemos sacrificado algo por esta casa. ¿Algo de té?

OLIVER: –Sin azúcar por favor. ¿Todos? ¡¿Qué rayos sacrificó ella?! ¿Ah?

JAMES: –¡Baja la voz!

OLIVER: –La respuesta es no. ¡No y no! Y no se hable más del asunto. Si se necesita un muslo que lo done ella, qué tanto.

JAMES: – Es muy injusto, Oliver, cuando me tocó ceder mi...

OLIVER: –¡No es lo mismo! ¡Estamos hablando de una pierna, por Dios!

JAMES: – ¡Que bajes la voz digo! No sabemos dónde está ese sujetillo que anda por ahí inventando cosas...

OLIVER: –Si quieren una pierna pídesela prestada a uno de tus muertos. Tú tienes una empresa de cadáveres, ¿no?

JAMES: – No cuentes con mis cadáveres, es absoluta y totalmente amoral y falto de ética. Además la gente vela a sus muertos a cajón abierto. No y no se habla más.

OLIVER: –¿Amoral? Esto lo supera todo. No pienso... ¿sabes qué? Me voy de esta sociedad.

JAMES: – ¿Cómo?

OLIVER: –Eso mismo. Que ahora seguiré yo solo. Cada uno por su cuenta. ¿Entiendes?

JAMES: –No, no puedes...

El NOTARIO sale detrás del sillón y dice:

NOTARIO: –Sillón de dos cuerpos de madera de roble con almohadones de pana marrón notablemente comida por las polillas. Sus cuatro patas terminadas en aguja están roídas...

JAMES: –¿Qué diablos hace ahí?

NOTARIO: –Sábana blanca apollada también...

OLIVER: -¡Oiga!
NOTARIO: -¿Sí?
JAMES: -No puede usted andarse por la casa sin avisarnos.
NOTARIO: -¿Por qué no?
OLIVER: -¡Porque...! ¡Váyase al diablo! (*A James.*) Estoy por mi cuenta.
NOTARIO: -¡Necesito hacerle unas preguntas sobre un reloj de pie...!
JAMES: -¡¿Qué puedo saber yo!? Fue hace tanto que...
NOTARIO: -Pero...
JAMES: -¡Váyase al diablo! (*Sale.*)
NOTARIO: -Como diga, señor.

Oscuridad. ELIZABETH *grita.*

NOTARIO: -¿Qué es lo que pasa? ¿Señora Tamplin está usted bien?
ELIZABETH: -¿Quién anda ahí?
NOTARIO: -Es solo un corte de luz. Lady Pembroke ya está revisando los fusibles. Es muy común que...
ELIZABETH: -¡Haga el favor de cerrar la boca! Vi una sombra.
NOTARIO: -¿Dónde?
ELIZABETH: -Por ahí.
NOTARIO: -No hay luz, no puedo ver a dónde está señalando.

ELIZABETH *grita.*

NOTARIO: -¿Y ahora qué?
ELIZABETH: -¡Atrás de usted!
LADY AGATHA: -¡Soy yo! ¿Qué tanto asunto?

LADY AGATHA *enciende una linterna.*

NOTARIO: -La señora dice haber visto una sombra...
ELIZABETH: -¿Dice? Estoy segura de... ¡DETRÁS DE USTED!
LADY AGATHA: -¡Me lleve el diablo!

Entra JAMES vestido de negro, con el rostro cubierto por una máscara. Lleva en la misma mano una caja y un revólver.

JAMES: —¡Nadie se mueva!

NOTARIO: —¡Por Dios!

JAMES: —¡Silencio! (*La caja se le cae de la mano.*) Si no reconocen que yo maté a lord Albert Kenington tendrán más entregas como esta. ¿Entienden? ¡Una por día! Así que ya saben. ¡Yo maté a lord Albert Kenington!

NOTARIO: —¿Por qué lo hizo?

JAMES: —Bueno... yo, no, no, cortando para la porque no no... la cosa del esa que... como que... Asesino malo. (*Sale a toda carrera.*)

ELIZABETH: —¡Dios mío!

NOTARIO: —¡Cálmese usted, señora Kenington!

ELIZABETH: —¿Cómo quiere que me calme con...? ¿No va a revisar que hay en esa caja, lady Agatha?

LADY AGATHA: —Claro, claro. ¡Dios mío!

NOTARIO: —¿Qué es?

LADY AGATHA: —Una mano derecha.

ELIZABETH: —¡La mano de tío Albert! ¡Creo que voy a desmayarme! (*Finge desmayarse.*)

NOTARIO: —¿Señora Kenington? Ya se desmayó.

Vuelven las luces. En el escenario OLIVER KENINGTON vestido de oscuro con el rostro cubierto por una máscara camina a cuatro pies con una caja idéntica a la que dejó JAMES. Al saberse descubierta deja la caja y sale de la escena a toda carrera.

NOTARIO: —¿Qué fue eso?

LADY AGATHA: —No tengo la menor idea.

El NOTARIO abre la caja.

NOTARIO: —¡Por Dios!

LADY AGATHA: —¿Qué es?

ELIZABETH: —¿Qué pasó? ¿Qué es eso?

NOTARIO: —Una mano derecha con anillo de sello de oro, amputada del resto del brazo y carta manuscrita de papel...

LADY AGATHA: —¡Sin tanto detalle! ¿Qué dice la carta?

NOTARIO: —Déjeme ver. “Yo maté a lord Albert Kenington. Si me niegan el crédito de tamaña hazaña ya imaginarán las consecuencias”
Firma: el asesino.

ELIZABETH: —¿La mano de tío Albert?
LADY AGATHA: —¿Otra mano derecha?
ELIZABETH: —Una malformación de nacimiento. Todos sabíamos...
LADY AGATHA: —¡No sea ridícula! ¡Me parece que es usted la que está...!
ELIZABETH: — ¡Voy a desmayarme!
NOTARIO: —¿Señora Kenington? Se desmayó de nuevo.
LADY AGATHA: —¡Que conveniente! Llame a la jefatura, jovencito. Esto dará todavía más tinta a la prensa.

Entra JAMES. Lleva la mano del cabestrillo enguantada.

JAMES: —¿Qué sucedió?
ELIZABETH: —¡¿Qué sucedió?! ¡Eso mismo me pregunto yo!
JAMES: —¿Cómo?
LADY AGATHA: —Un milagro, señor Kenington.
JAMES: —¿A qué se refiere?
LADY AGATHA: —Al parecer existen dos...

OLIVER entra con la mano derecha enguantada.

OLIVER: —¿Qué sucedió?
JAMES: — Eso mismo pregunto yo.
ELIZABETH: —¡Eso nos preguntamos todos, tesoro!
OLIVER: —¿Por qué hay dos cajas igual...? ¡Ay Dios mío!
ELIZABETH: —¿Una galleta, lady Agatha?
OLIVER: —¿Pero cómo?
JAMES: —¿Cómo? ¡Cómo?!
LADY AGATHA: —Ya lo ve. (*Al Notario.*) Vamos muchacho, llevemos esto a la policía. Después de todo es evidencia.
JAMES: —¿Puedo ver?
NOTARIO: —Sí.
JAMES: —Cuídela bien, ¿escuchó?
ELIZABETH: —No es para tanto, es solo una mano.
OLIVER: — Una pierna hubiera sido peor. (*Saca un pañuelo ensangrentado y se seca la transpiración.*)
JAMES: —¡Oliver!

NOTARIO: —¿Le sucede algo, señor Kenington?
OLIVER: —¿Por qué lo dice? (*Reconoce su sangre en el pañuelo.*) ¡AY MI DIOS!
Nada, me sangra la nariz. (*Sale.*)
LADY AGATHA: —(*Al Notario.*) Vamos. Salen.
ELIZABETH: —James, tesoro ¿Coco o Chocolate?

Oficina del inspector y despacho de lord Albert.

En el despacho, LADY AGATHA y el NOTARIO escuchan a JAMES con atención.

En la oficina del Inspector: Elizabeth Kenington.

JAMES: —...y sabemos por lo tanto que uno de estos dos mutiladores — uno de estos dos sujetos encapuchados que aparecieron la noche pasada— es un impostor. Sin ánimo de jactarme, para una mente instruida en la deducción analítica como la mía la respuesta es simple. Es indudable que la segunda aparición —la que encontramos agazapada en esta misma sala cuando regresó la luz— es la responsable del asesinato de tío Albert.

LADY AGATHA: —¿Cómo lo sabe?

JAMES: —Es evidente, mi querida lady Pembroke. Es evidente que el asesino conocía la casa muy bien. Recordemos que ya la había visitado la noche del homicidio en la que ingresó por la puerta de atrás y escapó por la ventana de la habitación de tío Albert. Nadie más que él pudo moverse por la casa con tanta familiaridad. De no ser por la mala fortuna que permitió el regreso de la luz eléctrica antes de lo previsto, jamás hubiéramos siquiera sabido en qué forma se las ingenió para dejar esa caja dentro de la casa.

NOTARIO: —¡Bravo!

LADY AGATHA: —¡Extraordinario!

Oficina del Inspector.

ELIZABETH: —Sin ánimo de ofender, inspector, peca usted de cierta ingenuidad, como mi segundo marido con ese asunto del voltaje. En fin. Debe entender que esto que me acaba de relatar es la versión de James. James tiende a sobredimensionar las cosas. No discuto que la naturaleza le dio un poco más de cerebro que a mí otro primo

pero, seamos honestos, inspector, ¿no encuentra algunas anomalías en esa historia? *(Pausa.)* ¿Lo ve? Detrás de esa horrible cicatriz, inspector, descubro una sonrisa de aprobación. La verdad es por lejos más escueta ¿Cómo cree que hubiera respondido James de pedírsele una explicación sobre las dos manos?

Despacho de lord Albert. JAMES trata de articular palabra —durante un tiempo— con el fin de responder a la pregunta que ya le ha formulado LADY AGATHA, sin lograrlo en ninguno de sus intentos.

LADY AGATHA: —¡Muy bien! Si no tiene algo coherente que decir, señor Kenington, haga el favor de dejarme sola.

JAMES sale. ELIZABETH sale. LADY AGATHA va hacia la radio y la enciende. Se escucha música a volumen bajo.

NOTARIO: —En el hall de entrada debió haber un cuadro.

LADY AGATHA: —¿Cómo dice?

NOTARIO: —En el hall de entrada digo. En la pared que da al comedor. Hay un espacio más claro. Debió haber un cuadro, uno grande.

LADY AGATHA: —Lo hubo, claro. La familia Kenington a pleno.

NOTARIO: —¿Qué sucedió con él?

LADY AGATHA: —No lo sé. Creo que se lo llevó la guerra, como se llevó todo lo demás.

NOTARIO: —¿Usted lo conoció?

LADY AGATHA: —¿A quién?

NOTARIO: —A lord Kenington.

LADY AGATHA: —Todavía guardo algunos recuerdos. El jardín florido, mi padre y él departiendo en las tardes de verano.

NOTARIO: —Debió haber sido un hombre que se dejaba querer.

LADY AGATHA: —¿Lord Kenington? Muy por el contrario. Era un aristócrata inglés con todo lo que ello significa. Ególatra, autoritario y sin un ápice de amabilidad para con nadie que no estuviera a la altura de su linaje.

NOTARIO: —¿Y entonces?

LADY AGATHA: —¿Y entonces qué?

NOTARIO: —¿Por qué defiende con tanta pasión sus cosas?

LADY AGATHA: –Porque es lo correcto, por eso. Podría decirle que la guerra suele cambiar a los hombres. Después de todo decidió volver y dejar sus pertenencias a los padres de Thomas ¿no? Hacer justicia. Podría decirle eso como podría decirle otras muchas cosas, jovencito, pero no lo haré. Si él era o no una buena persona en nada afecta el propio modo de proceder ¿entiende?

NOTARIO: –Sí.

LADY AGATHA: –¡Es lo correcto y punto! ¿Por qué me mira usted así?

NOTARIO: –Por todo lo que está sucediendo. Usted se da cuenta ¿no?

LADY AGATHA: –Habría que ser ciega para no verlo.

NOTARIO: –Y usted lo permite.

LADY AGATHA: –Quiero ver hasta dónde son capaces de llegar.

NOTARIO: –Es solo que... no importa.

LADY AGATHA: –¿Qué? Hable.

NOTARIO: –Esto que hace usted, que deja que pase ¿es lo correcto, lady Pembroke?

El NOTARIO sube el volumen de la radio y sale. Sale LADY AGATHA. Entran JAMES y OLIVER y se escucha por la radio:

LOCUTOR 1: –A quince días del misterio Kenington la policía sigue tomando declaraciones a los involucrados.

LOCUTOR 2: –Así es. Las notorias discrepancias en las diferentes versiones –en palabras del inspector en jefe– dificultan el avance en la investigación.

LOCUTOR 1: –Según declaraciones oficiales del jefe inspector de policía son pocas cosas las que se saben con seguridad.

LOCUTOR 2: –“Se sabe –dijo el inspector– que un lago artificial ayuda a prevenir la desaparición de cuerpos, que piezas aisladas de cuerpos no pueden ser exhumadas y que lord Albert Kenington no tenía ninguna malformación congénita”.

LOCUTOR 2: –Pero de lord Albert Kenington no se sabe nada.

LOCUTOR 1: –Y ahora la música.

LOCUTOR 2: –Dedicada a Elizabeth Tamplin.

LOCUTOR 1: –Por Elizabeth Tamplin, de Edith Piaf: “No me puedo quejar”.

Canta Edith Piaf. JAMES apaga la radio.

- JAMES: —¿Y entonces? Ya pensaste demasiado, Oliver.
OLIVER: —¿Y esa idea es tuya solamente o viene de esa arpía que tienes por prima?
JAMES: —Te recuerdo que es tu prima también. Pero no, es idea mía.
OLIVER: —No voy a seguir desangrándome mientras ella teje y come galletas de chocolate ¿entiendes?
JAMES: —Sí.
OLIVER: —Quiero ver que por lo menos ceda un ojo.
JAMES: —¡Ya está, por Dios! Necesitamos un cadáver eso es un hecho.
OLIVER: —Un cadáver que se parezca a tío Albert.
JAMES: —¡Habla bajo!

Sin que ellos lo noten el NOTARIO atraviesa la habitación de punta a punta y sale.

- OLIVER: —¿Y tú sabes dónde conseguir uno?
JAMES: —No. Pero —por mal que nos pese— ella... ¿escuchaste eso?
OLIVER: —¿Dónde?
JAMES: —Creí sentir algo por... Ahí ¿lo escuchas?
OLIVER: —La casa está llena de ruidos, no hay...
JAMES: —Es mejor estar seguro. Ven. *(Salen.)*

Entra el NOTARIO y se sienta en el sillón. Entran JAMES y OLIVER. No registran la presencia del notario.

- JAMES: —Todo esto me está volviendo loco.
OLIVER: —No me digas.
JAMES: —El asunto es que Elizabeth dice conocer ciertos hombres de negocios que pueden facilitarnos el cuerpo... un cuerpo al menos... uno que se le parezca ¿entiendes?
OLIVER: —No.
JAMES: —Hombres de familia, ya sabes. No son de por aquí, son italianos, pero en fin, nadie es perfecto.
OLIVER: —¿Italianos?
JAMES: —¡Me lleve el diablo! ¡Mafia! ¿Capice?

OLIVER: –¡Oh, por Dios! ¿Cómo rayos conoce Elizabeth a delincuentes italianos?

JAMES: –Comenzó a contarme algo sobre su cuarto marido y la verdad no quise saber. El asunto es que necesitamos un poco de dinero.

OLIVER: –¡Qué lo ponga ella, que tanto!

JAMES: –Necesitamos un poco más.

OLIVER: –¿Cuánto?

JAMES: –¿Escuchaste eso?

OLIVER: –No.

JAMES: –Sentí algo por ahí, como una tos.

OLIVER: –Estás demasiado alterado. Probablemente haya sido un perro de la calle.

NOTARIO: –Sí. Es el perro de lady Jessica.

JAMES: –¡Por Dios!

OLIVER: –¡Me lleve el diablo! ¿Se puede saber qué hace aquí, señor?

NOTARIO: – Bueno yo...

OLIVER: –¡Usted no puede andar merodeando por la casa sin avisarnos! Después de todo todavía es nuestra casa ¡¿Entiende?!

NOTARIO: –Yo solo...

JAMES: –¡Usted nada!

OLIVER: –Haga el favor de marcharse.

NOTARIO: –Pero...

JAMES: –¡Fuera!

NOTARIO: –Con su permiso. *(Sale.)*

OLIVER: –¿Creés que haya escuchado algo?

JAMES: –¿Tú qué opinas?

OLIVER: –No sé, por eso te lo pregunto.

JAMES: –¡Claro que lo escuchó!

OLIVER: –¿Qué haremos entonces?

JAMES: –¡Qué sé yo!

OLIVER: –Hay que contárselo a Elizabeth.

JAMES: –¿Qué? ¿Has perdido el...? ¿Cuéntaselo tú!

OLIVER: –¿Yo? ¿Qué diablos te...?

JAMES: –Se lo contaremos los dos... a la vez. *(Salen.)*

Oficina del Inspector.

NOTARIO: –Toda historia tiene dos versiones como mínimo, señor inspector, eso es lo verdaderamente cierto. Dos campanas como se dice por ahí. Usted escucha una cosa aquí y unos pocos metros más allá, la escucha nuevamente y ya no es igual. Por ejemplo, algunos podrían decir que soy un muchacho de muchos talentos: sé de plomería, he sido electricista, ayudante de panadería, cartero, fumigador, amaestrador de focas cracovianas—no tuve mucho trabajo con eso— y por supuesto notario de lady Pembroke. Otros podrían decir, en cambio, que lo que pasa es que no hay trabajo y uno hace lo que puede. Dos campanas, ¿entiende? A lo que quiero llegar es que una historia puede cambiar mucho según quién la cuenta y lo que es de una forma para unos es bien distinta para otros. Hasta los evangelios son cuatro, ¿se da cuenta? Bueno, trataré de explicárselo mejor. ¡Ahí está! El cuadro que falta en la entrada, el de la familia Kenington, ¿me sigue? Lady Pembroke dice que se lo llevó la guerra y luego Thomas me cuenta que durante el invierno del 41 unos soldados entraron y se lo robaron para hacerlo fuego. ¿Entiende? ¡Bueno, señor inspector, si no tiene un poco más de disposición no va entenderlo nunca! Digo que es importante saber quién cuenta la historia y desde qué lugar la cuenta y ser prudente. Después de todo, de lo que usted disponga dependerá el futuro de todos los involucrados en este asunto. De Thomas, por ejemplo. Usted no ha escuchado lo que él tiene para decir, ¿no? Porque Thomas vive en la casa y nadie parece haberlo notado.

En fin, yo estuve ahí y en apariencia no tengo nada que ganar con esto así que debería ser imparcial, pero no deja de ser mi versión ¿y es esa la verdad? Porque el final depende de quién cuenta la historia, ¿se da cuenta? El final depende solo de eso.

Despacho de lord Albert. Todos los personajes están presentes en idéntica disposición a la que ocuparon al iniciar la obra. LADY AGATHA lee incrédula un escrito.

LADY AGATHA: –¿Pero cómo es posible?

ELIZABETH: –Está firmada por un juez en persona.

LADY AGATHA: –No puedo creerlo.

OLIVER: –Créalo, lady Pembroke. La ley es la ley.

NOTARIO: —¿Qué dice?

JAMES: —“Acusando la enorme cantidad de interrogantes que presenta el caso y ante la imposibilidad de demostrar tanto el deceso como la existencia de lord Albert Kenington, y siendo sus herederos James, Oliver y Elizabeth Kenington, se decide otorgar el derecho a los mismos de disponer de los bienes” etc., etc., etc.

NOTARIO: —¿Me permite la carta?

ELIZABETH: —Es todo según manda la ley.

NOTARIO: —Está firmada por Harold Tamplin.

JAMES: —¿Qué hay con eso?

NOTARIO: —¿El último marido de la señora no se llamaba Geoffrey Tamplin?

ELIZABETH: —Es solo una feliz casualidad que Harold sea mi cuñado y mucho más feliz todavía que esté pronto a convertirse en mi sexto esposo.

LADY AGATHA: —No puedo creer que...

ELIZABETH: —Ese es su problema, lady Agatha, la falta de fe. No ha podido demostrar a pesar de sus muchos intentos que tío Albert está vivo.

LADY AGATHA: —¡Pero es evidente que...!

ELIZABETH: —Al parecer no es evidente para la justicia. No dudo que tarde o temprano aparecerá un cadáver al que podrá identificarse como lord Albert Kenington.

LADY AGATHA: —¿Sigue usted sosteniendo que todo esto fue obra de un asesino?

ELIZABETH: —Claro que sí.

LADY AGATHA: —Veámoslo de este modo. Ustedes afirman que un asesino averiguó el día y la hora exacta en que una persona que estuvo desaparecida durante dieciocho años llegaba sin aviso a Crossford y la asesinó en su propia casa. Y que este perpetrador forzó la puerta trasera —de una casa que a la no conocía— con la ayuda de una barreta, atravesó la cocina y llegó hasta este sitio exacto, donde fue sorprendido por Oliver.

OLIVER: —Es mejor decir que él me sorprendió a mí.

LADY AGATHA: —Claro, claro. Puesto que este psicópata lo golpeó ferozmente en el occipucio con una llave inglesa...

ELIZABETH: —... francesa.

LADY AGATHA: —Francesa, claro. Luego el perpetrador corrió escaleras arriba hasta la recámara de lord Albert, donde se encerró bajo cerrojo con el nefasto fin de matarlo.

ELIZABETH: —Brutalmente.

LADY AGATHA: –Y esto se pone mejor todavía. En cuanto los gritos de lord Albert se escucharon en la casa, James corrió escaleras arriba y derribó la puerta.

JAMES: –Lo que me costó este pequeño accidente. Pero esto ya lo hemos hablado un millón de veces, lady Pembroke...

LADY AGATHA: –Y derribó la puerta, justo a tiempo para ver al asesino saltar por la ventana con el cuerpo desmembrado de lord Albert en una bolsa y escapar a toda carrera por el jardín.

JAMES: –Sí.

LADY AGATHA: –(*A James.*) ¿Cuánto tiempo le tomó llegar a la habitación desde que escuchó los gritos?

JAMES: –No sé. Un par de minutos.

LADY AGATHA: –Un par de minutos. ¿Y ustedes esperan que yo crea que el asesino cortó en pedazos a lord Albert Kenington, lo guardó en una bolsa, saltó por la ventana y escapó raudamente por el jardín, en dos minutos?

JAMES: –¡¿No es lógico?!

LADY AGATHA: –No.

ELIZABETH: –No entiendo su negativa a aceptar que tío Albert está muerto.

LADY AGATHA: –Se los dije la primera vez que vinieron a mí con esta absurda historia. Necesitan el cadáver de lord Albert Kenington para probar que está muerto y ustedes tienen muchas cosas, no lo discuto, pero no tienen su cuerpo.

ELIZABETH: –Qué obsesión la suya con...

LADY AGATHA: –Aquí, señora Tamplin, la única obsesión es la suya por querer convencerme de algo de lo que no tienen pruebas. No importa cuántos escritos como este avalen su nefasta versión de los hechos, ustedes y yo sabemos que la verdad es otra. Y la verdad es...

ELIZABETH: –La verdad es lo que dice la ley, lady Agatha, y usted debería saberlo mejor que nadie. Este juez incólume e imparcial ha dictado sentencia honrando la justicia y gracias a él lo que era de los Kenington seguirá siendo de los Kenington.

LADY AGATHA: –Algún día enfrentará los cargos por tanta...

ELIZABETH: –Quédese usted con sus principios, lady Agatha, que yo me quedo con el fin. Ahora, si me permite, mis primos y yo tenemos mucho que hacer y necesitamos estar a solas en lo que siempre fue nuestra casa.

LADY AGATHA: –Claro, claro. *(Al Notario)*. Muchacho, vamos.

Salen. Las luces bajan hasta dejar a duras penas iluminado el despacho.

Mientras se escucha la radio, JAMES KENINGTON camina hasta uno de los extremos de la habitación, saca una llave inglesa previamente oculta y la agita ensayando un golpe. OLIVER va hacia la mesa de té, saca de su bolsillo un frasco pequeño con la inscripción “veneno”, lo abre, esparce su contenido sobre las galletas de coco y chocolate y se vuelve hacia sus primos para ofrecérselas. ELIZABETH saca las agujas de tejer y las afila.

LOCUTOR 1: –Luego de un mes de arduas investigaciones llegó a su fin el caso Kenington.

LOCUTOR 2: –El honorable y reconocido Harold Tamplin falló a favor de la familia Kenington hasta tanto se pueda establecer la supervivencia de lord Albert.

LOCUTOR 1: –Thomas, a quien, según algunas fuentes no oficiales lord Kenington tenía pensado heredar sus propiedades, se negó a dar declaraciones.

LOCUTOR 2: –Actualmente se encuentra en la vicaría de Crossford a la espera de encontrar techo y trabajo.

LOCUTOR 1: –Elizabeth Tamplin luego de anunciar su pronto casamiento con Harold Tamplin, llamó a la radio para recordar con cariño a su querido tío, hacer llegar sus buenos deseos a Thomas y dedicarle un tema musical:

LOCUTOR 2: –Para Thomas, de Edith Piaf: “Padam, padam”.

Edith Piaf canta “Padam, padam”. Los tres primos se miran, se sonríen y avanzan unos hacia otros con intención de matarse.

Oscuridad.

EDICIONES INTEATRO

Las ediciones pueden descargarse en formato PDF en el sitio del Instituto Nacional del Teatro (disponibilidad sujeta a la autorización de los autores).

COLECCIÓN EL PAÍS TEATRAL

De escénicas y partidas

De Alejandro Finzi

Disponible en la web

Teatro (Tomos I, II y III)

Obras completas de Alberto Adellach.

Prólogo: Esteban Creste (Tomo I), Rubens

Correa (Tomo II), Elio Gallipoli (Tomo III).

Teatro del actor

De Norman Briski

Prólogo: Eduardo Pavlovsky

Dramaturgia en banda

Incluye textos de Hernán Costa, Mariano

Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak,

José Montero, Ariel Barchilón, Matías

Feldman y Fernanda García Lao.

Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun

Prólogo: Palo Bontá

Antología breve del teatro para títeres

De Rafael Curci

Prólogo: Nora Lía Sormani

Teatro para jóvenes

De Patricia Zangaro

Disponible en la web

Antología teatral para niños y adolescentes

Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés

Falconi, Los susodichos, Hugo Midón, María

Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa,

Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

Prólogo: Juan Garff

Becas de creación

Incluye textos de Mauricio Kartun,

Luis Cano y Jorge Accame

Diccionario de autores

teatrales argentinos

1950-2000 (Tomo I y II)

De Perla Zayas de Lima

Hacia un teatro esencial

De Carlos María Alsina

Prólogo: Rosa Ávila

Teatro ausente

De Aristides Vargas

Prólogo: Elena Frances Herrero

Disponible en la web

Caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura

De Rafael Monti

La carnicería argentina

Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba.

Coordinación: Luis Cano

Prólogo: Carlos Pacheco

Disponible en la web

Del teatro de humor al grotesco

De Carlos Pais

Prólogo: Roberto Cossa

Disponible en la web

Nueva dramaturgia argentina

Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila, Sacha Barrera Oro, Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolesi, Martín Giner, Guillermo Santillán, Leonel Giacometto, Diego Ferrero y Daniel Sasovsky.

Disponible en la web

Dos escritoras y un mandato

De Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia

Prólogo: Beatriz Salas

Disponible en la web

La valija

De Julio Mauricio

Prólogo: Lucía Laragione y Rafel Bruza

Coedición con Argentores

Disponible en la web

El gran deschave

De Armando Chulak y Sergio De Cecco

Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza.

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Una libra de carne

De Agustín Cuzzani

Prólogo de Lucía Laragione y Rafael Bruza

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Una de culpas

De Oscar Lesa

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Desesperando

De Juan Carlos Moisés

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Almas fatales, melodrama patrio

De Juan Hessel

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Air Liquid

De Soledad González

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Un amor en Chajarí

De Alfredo Ramos

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Un tal Pablo

De Marcelo Marán

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Casanimal

De María Rosa Pfeiffer

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Las obreras

De María Elena Sardi

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Molino rojo

De Alejandro Finzi

Coedición con Argentores

Disponible en la web

El que quiere perpetuarse

De Jorge Ricci

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Freak show

De Martín Giner

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Trinidad

De Susana Pujol

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Esa extraña forma de pasión

De Susana Torres Molina

Coedición con Argentores

Los talentos

De Agustín Mendilaharsu y Walter Jacob

Coedición con Argentores

Nada del amor me produce envidia

De Santiago Loza

Coedición con Argentores

Confluencias. Dramaturgias serranas

Prólogo: Gabriela Borioli

Disponible en la web

El universo teatral de Fernando Lorenzo. Los textos dramáticos y los espectáculos.

Compilación: Graciela González de Díaz

Araujo y Beatriz Salas

70/90. Crónicas dramáticas

Incluye textos de Eduardo Bertaina, Aldana Cal, Laura Córdoba, Hernán Costa, Cecilia Costa Vilar, Omar Fracapane, Carla Maliandi, Melina Perelman, Eduardo Pérez Winter, Rubén Pires, Bibiana Ricciardi, Rubén Sabatini, Luis Tenewicki y Pato Vignolo

Disponible en la web

Doble raíz

De Leonardo Gologoboff

Disponible en la web

La canción del camino viejo

De Miguel Franchi, Santiago Dejesús y Severo

Callaci

Disponible en la web

Febrero adentro

De Vanina Coraza

Disponible en la web

Mujer armada hombre dormido

De Martín Flores Cárdenas

Disponible en la web

Museo Medea

De Guillermo Katz, María José Medina,

Guadalupe Valenzuela

Disponible en la web

¿Quienáy?

De Raúl Kreig

Disponible en la web

Quería tamarla con algo

De Jorge Accame

Disponible en la web

Obras reunidas (2000-2014)

De Soledad González

Prológos: Eduardo Del Estal y Alejandro Finzi

Disponible en la web

Moreira Delivery

Pablo Felitti

Disponible en la web

Del nombre de los sentimientos

Alberto Moreno

Disponible en la web

Yo estuve ahí. Textos dramáticos

Luis cano

Disponible en la web

La lechera

De Carlos Correa

Disponible en la web

Todo tendría sentido si no existiera la muerte

De Mariano Tenconi Blanco

Disponible en la web

Seis comedias serias

De Rafael Bruza

Disponible en la web

Yo, Encarnación Ezcurra

Monólogo en ocho momentos

De Cristina Escofet

Disponible en la web

COLECCIÓN ESTUDIOS TEATRALES

Narradores y dramaturgos

Incluye conversaciones con Juan José Saer,

Mauricio Kartun, Ricardo Piglia, Ricardo

Monti, Andrés Rivera y Roberto Cossa

Las piedras jugosas. Aproximación al teatro de Paco Giménez

De José Luis Valenzuela

Prólogos: Jorge Dubatti y Cipriano Argüello Pitt

Dramaturgia y escuela 1

Antóloga: Gabriela Lerga

Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo

Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo

Dramaturgia y escuela 2

Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigjanni,

Luis Sampetro

Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti

Didáctica del teatro 1

Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampetro

Colaboración: Sara Torres

Prólogo: Olga Medaura

Didáctica del teatro 2

Prólogo: Alejandra Boero

Manual de juegos y ejercicios teatrales

De Jorge Holovatuck y Débora Astrosky

Segunda edición corregida y actualizada

Prólogo: Raúl Serrano

Nueva dramaturgia latinoamericana

Incluye textos de Luis Cano, Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucía de la Maza (Chile), Víctor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú), Sergio Blanco (Uruguay)

Compilación y prólogo: Carlos Pacheco

Disponible en la web

La Luz en el teatro.

Manual de iluminación

De Eli Sirlin

Laboratorio de producción teatral 1.

Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos

De Gustavo Schraier

Prólogo: Alejandro Tantanián

El teatro con recetas

De María Rosa Finchelmann

Prólogo: Mabel Brizuela

Presentación: Jorge Arán

Teatro de identidad popular en los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino

De Manuel Maccarini

Por una crítica deseante.

De quién/para quién/qué/cómo

De Federico Irazábal

Disponible en la web

Las múltiples caras del actor

De Cristina Moreira

Palabras de bienvenida: Ricardo Monti

Presentación: Alejandro Cruz

Testimonio: Claudio Gallardou

Disponible en la web

Técnica vocal del actor

De Carlos Demartino

Hacia una didáctica del teatro con adultos referentes y fundamentos

De Luis Sampedro

El teatro, el cuerpo y el ritual

De María del Carmen Sánchez

Tincunacu. Teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino

De Cecilia Hopkins

Disponible en la web

La risa de las piedras

De José Luis Valenzuela

Prólogo: Guillermo Heras

Disponible en la web

Dramaturgos argentinos en el exterior

Incluye textos de Juan Diego Botto, César Brié, Cristina Castrillo, Susana Cook, Rodrigo García, Ilo Krugli, Luis Thenón, Aristides Vargas, Bárbara Visnevetsky.

Compilación: Ana Seoane

Disponible en la web

Antología de teatro latinoamericano. 1950-2007 (Tomos I, II, III)

De Lola Proaño Gómez y Gustavo Geirola

El universo mítico de los argentinos en escena (Tomos I, II)

De Perla Zayas de Lima

Disponible en la web

Piedras de agua. Cuaderno de una actriz del Odin Teatret

De Julia Varley

El teatro para niños y sus paradojas. Reflexiones desde la platea

De Ruth Mehl

Prólogo: Susana Freire

Disponible en la web

Rebeldes exquisitos. Conversaciones con Alberto Ure, Griselda Gambaro y Cristina Banegas

De José Tcherkaski

Disponible en la web

Ponete el antifaz (escritos, dichos y entrevistas)

De Alberto Ure

Compilación: Cristina Banegas

Selección y edición: Alejandro Cruz y Carlos Pacheco

Disponible en la web

Teatro de vecinos. De la comunidad para la comunidad

De Edith Scher

Prólogo: Ricardo Talento

Disponible en la web

Cuerpos con sombra. Acerca de entrenamiento corporal del actor

De Gabriela Pérez Cuba

Disponible en la web

Jorge Lavelli. De los años 70 a los años de la Colina. Un recorrido con libertad

De Alain Satgé

Traducción: Raquel Weskler

Saulo Benavente.

Escritos sobre escenografía

Compilación: Cora Roca

Disponible en la web

Una fábrica de juegos y ejercicios teatrales

De Jorge Holovatuck A.

Prólogo: Raúl Serrano

Circo en Buenos Aires. Cultura, jóvenes y políticas en disputa

De Julieta Infantino

Disponible en la web

La comedia dell'arte, un teatro de artesanos.

Guiños y guiones para el actor

De Cristina Moreira

Disponible en la web

El director teatral ¿es o se hace?

Procedimientos para la puesta en escena

De Víctor Arrojo

Disponible en la web

Teatro de objetos.

Manual dramaturgico

De Ana Alvarado

Disponible en la web

Técnicas de clown.

Una propuesta emancipadora

De Cristina Moreira

Disponible en la web

Concurso de ensayos sobre teatro.

Celcit- 40 años

Incluye textos de Alfonso Nilson Barbosa de

Sousa, José Emilio Bencosme Zayas, Julio

Fernández Pelaéz, Roberto Perinelli, Ezequiel

Gusmeroti, Lina Morales Chacana, Loreto

Cruzat, Isidro Rodríguez Silva

Disponible en la web

La música en el teatro y otros temas

De Carmen Baliero

Disponible en la web

Manual de análisis de escritura dramática. Teatro, radio, cine, televisión y nuevos medios electrónicos

De Alejandro Robino

Momentos del teatro argentino

Jorge Ricci

Disponible en la web

Exorcizar la historia. El teatro argentino bajo la dictadura

Jean Graham-Jones

Leer a Brecht

Hans-Thies Lehmann

**COLECCIÓN HOMENAJE AL TEATRO
ARGENTINO**

El teatro, ¡qué pasión!

De Pedro Asquini

Prólogo: Eduardo Pavlovsky

Teatro, títeres y pantomima

De Sarah Bianchi

Prólogo: Ruth Mehl

Saulo Benavente. Ensayo biográfico

De Cora Roca

Prólogo: Carlos Gorostiza

Títeres para niños y adultos

De Luis Alberto Sánchez Vera

Disponible en la web

**Memorias de un titiritero
latinoamericano**

De Eduardo Di Mauro

Disponible en la web

Gracias corazones amigos.

La deslumbrante vida de

Juan Carlos Chiappe

De Adriana Vega y Guillermo Luis Chiappe

**Los muros y las puertas en el teatro de
V́ctor Garća**

De Juan Carlos Malcum

Prólogo: Carlos Pacheco

Disponible en la web

El pensamiento vivo de Oscar Fessler.

Tomo 1: el juego teatral en la educaci3n

De Juan Tŕbulo

Prólogo: Carlos Catalano

Disponible en la web

**El pensamiento vivo de Oscar
Fessler. Tomo 2: clases para actores y
directores**

De Juan Tŕbulo

Prólogo: V́ctor Bruno

**Osvaldo Dragún. La huella inquieta –
testimonios, cartas, obras inéditas**

De Adys González de la Rosa y Juan José

Santillán

Disponible en la web

Escrito en el aire

Oscar Araiz

Prólogo: Laura Falcoff

Laudatio del Maestro Oscar Araiz: Beatriz

Lábatte

Disponible en la web

COLECCIÓN HISTORIA TEATRAL

**Personalidades, personajes y temas del
teatro argentino (Tomos I y II)**

De Luis Ordaz

Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo (Tomo I), José María Paolantonio (Tomo II)

**Historia de la actividad teatral
en la provincia de Corrientes**

De Marcelo Daniel Fernández

Prólogo: Ángel Quintela

**40 años de teatro salteño
(1936-1976). Antología**

Selección y estudios críticos: Marcela Beatriz

Sosa y Graciela Balestrino

**Historia del teatro
en el Río de la Plata**

De Luis Ordaz

Prólogo: Jorge Lafforgue

**La revista porteña. Teatro efímero
entre dos revoluciones (1890-1930)**

De Gonzalo Demaría

Prólogo: Enrique Pinti

**Historia del Teatro Nacional Cervantes
1921-2010**

De Beatriz Seibel

Disponible en la web

**Apuntes sobre la historia del teatro
occidental - Tomos I, II, III y IV**

De Roberto Perinelli

Disponible en la web

**Un teatro de obreros para obreros.
Jugarse la vida en escena**

De Carlos Fos

Prólogo: Lorena Verzero

Disponible en la web

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo I (1800- 1814)

Sainetes urbanos y gauchescos

Selección y Prólogo: Beatriz Seibel

Presentación: Raúl Brambilla

Disponible en la web

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo II (1814-1824)

Obras de la Independencia

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo III (1839-1842)

Obras de la Confederación y emigrados

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo IV (1860-1877)

Obras de la Organización Nacional

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo V (1885-1899)

Obras de la Nación Moderna

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo VI (1902-1908)

Obras del Siglo XX -1ra. década- I

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo VII (1902-1910)

Obras del Siglo XX -1ra. década- II

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo VIII (1902-1910)

Obras del Siglo XX -1ra. década- III

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo IX (1911-1920)

Obras del Siglo XX -2da. década-I

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo X (1911-1920)

Obras del Siglo XX -2da. década- II

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo XI (1913-1916)

Obras del Siglo XX -2da. década- III

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo XII (1922-1929)

Obras del Siglo XX -3ra. década (sainetes y reveistas)

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad

Tomo XIII (1921-1927). Obras del Siglo XX - 3ra. década (II)

Historias de ayer y de hoy

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad

Tomo XIV (1921-1930). Obras del Siglo XX - 3ra. década (III)

Comedias

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad

Tomo XV (1921-1930)

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

**Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad
Tomo XVI (1931-1840)**

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

**Iberescena 10 años. Fondo de ayudas para las Artes
Escénicas Iberoamericanas 2007-2017**

Compilador: Carlos Pacheco

Prólogos de Marielos Fonseca Pacheco y Marcelo Allasino.

Disponible en la web

Apuntes sobre la historia del teatro occidental - Tomos III y IV

Roberto Perinelli

Disponible en la web

COLECCIÓN PREMIOS

Obras Breves

Obras ganadoras del 4° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón, Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez, Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y Ricardo Thierry Calderón de la Barca.

**Siete autores (la nueva generación)
Obras ganadoras del 5° Concurso Nacional de Obras de Teatro**

Incluye textos de Maximiliano de la Puente, Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández, Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel Giacometto, Santiago Governori

Prólogo: María de los Ángeles González

Teatro/6

Obras ganadoras del 6° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina, Marcelo Pitrola

Teatro/7

Obras ganadoras del 7° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca, Roxana Aramburú

Disponible en la web

Teatro/9

Obras ganadoras del 9° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Patricia Suárez, y María Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport, Amalia Montaña

Disponible en la web

Teatro/10

Obras ganadoras del 10° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erica Halvorsen, Andrés Rapaport

Disponible en la web

Concurso Nacional de Obras de Teatro para el Bicentenario

Incluye textos de Jorge Huertas, Stela Camilletti, Guillermo Fernández, Eva Halac, José Montero, Cristian Palacios

Disponible en la web

Concurso Nacional de Ensayos Teatrales.

Alfredo de la Guardia - 2010

Incluye textos de María Natacha Koss, Gabriel Fernández Chapo, Alicia Aisemberg

Disponible en la web

Teatro/11

Obras ganadoras del 11° Concurso Nacional de Obras de Teatro Infantil

Incluye textos de Cristian Palacios, Silvia Beatriz Labrador, Daniel Zaballa, Cecilia Martín y Mónica Arrech, Roxana Aramburú, Gricelda Rinaldi

Disponible en la web

Concurso Nacional de Ensayos Teatrales.

Alfredo de la Guardia - 2011

Incluye textos de Irene Villagra, Eduardo Del Estal, Manuel Maccarini

Disponible en la web

Teatro/12

Obras ganadoras del 12° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Oscar Navarro Correa, Alejandro Ocón, Ariel Barchilón, Valeria Medina, Andrés Binetti, Mariano Saba, Ariel Dávila

Disponible en la web

Teatro/13

Obras ganadoras del 13° Concurso Nacional de Obras de Teatro

-dramaturgia regional-

Incluye textos de Laura Gutman, Ignacio Apolo, Florencia Aroldi, María Rosa Pfeiffer, Fabián Canale, Juan Castro Olivera, Alberto Moreno, Raúl Novau, Aníbal Fiedrich, Pablo Longo, Juan Cruz Sarmiento, Anibal Albornoz, Antonio Romero

Disponible en la web

Teatro/14

Obras ganadoras del 14° Concurso Nacional de Obras de Teatro

-30 años de Malvinas-

Incluye textos de Mariano Nicolás Saba, Carlos Aníbal Balmaceda, Fabián Miguel Díaz, Andrés Binetti

Teatro/15

Obras ganadoras del 15° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Laura Córdoba, María Sol Rodríguez Seoane, Giuliana Kiersz, Manuel Migani, Santiago Loza, Ana Laura Izurieta

Disponible en la web

Teatro/16

Obras ganadoras del 16° Concurso nacional de obras de Teatro -dramaturgia regional-

Incluye textos de Omar Lopardo, Mariela Alejandra Domínguez Houlli, Sandra Franzen, Mauricio Martín Funes, Héctor Trotta, Luis Serradori, Mario Costello, Alejandro Boim, Luis Quinteros, Carlos Guillermo Correa, Fernando Pasarín, María Elvira Guitart

Disponible en la web

Teatro/17

Obras ganadoras del 17° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Ricardo Ryser, Juan Francisco Dasso, José Moset, Luis Ignacio Serradori, Víctor Fernández Esteban, Jesús de Paz y Alejandro Finzi.

Disponible en la web

Teatro/18

Obras ganadoras del 18° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Mariano Tenconi Blanco, Fabián Miguel Díaz, Leonel Giacometto, Andrés Gallina, Aliana Álvarez Pacheco y Sebastián Suñé.

Disponible en la web

Teatro/19

Obras ganadoras del 19° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Franco Calluso, Juan Ignacio Fernández, Candelaria Sabagha, Marcelo Pitrola, Mateo de Urquiza, Mercedes Álvarez/Alejandro Farías

Teatro/20

Obras ganadoras del 20° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Fabián Díaz, María Marull, Julio Molina, Alfredo Staffolani, Pablo Di Felice, Susana Torres Molina

Teatro/21

Obras ganadoras del 21° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Luis Miguel Arenillas, Roberto de Bianchetti, Nancy Lago, Guillermo Baldo, Silvina Andrea Forquera/Javier Santanera, Rigoberto Horacio Vera

SE NECESITA UN CADÁVER